

IV

Rafael Bello, muy nervioso por lo que perdía y por lo que Chinto tardaba, anunció desde su elevado asiento de banquero del *baccara*:

—La banca está repuesta!

Al instante mismo, el criado de librea que le llevaba las fichas, le dijo respetuosamente, al oído:

—Que lo espera á Ud. en el patio el señor don Jacinto.

¡Por fin! En el acto se le dispó la murria, se levantó radiante:

—¿Quieres “tirarme” esta banca?—preguntó á un individuo reputado por hombre

de suerte. Al llegar á mil pesos más de pérdida, te paras, y si puedes hacerme tres mil, también. Es lo que me cuesta la noche.

Y salió del salón en medio de una atmósfera de simpatía, de risas y buenos deseos para la nocturna y probable correría, sobre que todos le ganaban y en consecuencia los ánimos hallábanse desbordantes de mal contenida alegría. Los pocos minutos que él empleó en bajar por la hermosísima escalera del Club, le bastaron para arreglarse la fisonomía y disfrazar el júbilo que por el cuerpo le retozaba.

—¿Qué te pasaba, hombre de Dios, creí que no vendrías?

Chinto se la soltó sin circunloquios ni atenuaciones: Amparo renunciaba á la reconciliación, persistía en la quiebra y en largarse. Contra la exasperante tenacidad de la mujer que se propone llevar algo á cabo, habíanse estrellado los argumentos y esfuerzos de Chinto.

Y conforme le relataba las resistencias y negativas de Amparo, centuplicábanse en los adentros de Rafael los deseos de poseerla

de nuevo, siquiera una vez más, la última. Instantáneamente vínose abajo su careta de hombre corrido á quien las faldas no inspiran sino pasajero interés, y reapareció el masculino desairado, lleno de despechos y de rabia, que se obstina por continuar dominando á la que cree más débil que él y sin la que no puede vivir.... Oía á Chinto, y maquinalmente recorría con el extremo de su bastón la juntura de dos baldosas ó contemplaba el foco eléctrico que de los corredores altos iluminaba el patio.

Al preguntarle Chinto cómo estaba el juego, diseñó Rafael en el aire una curva vaga, con el brazo, ¿qué le importaba, si él perdía por todos lados? Y tornó á su tarea de recorrer las junturas de las baldosas, cual si esperara de ellas el consejo que compone las situaciones difíciles, hasta que Chinto se despidió:

—Me voy allá arriba, hermano, á sacar mi diario. Si opinas porque después vayamos á alguna parte, mándame avisar dentro de un rato ó sube tú, á reanimarte con unos “coñacazos.”

—No te vayas Chinto, yo te daré tu diario pero no me dejes; vamos á andar, vente.

Rumbo á la Alameda enderezaron su caminata; tiendas y zaguanes cerrados ya; turbado el silencio por el perezoso rodar de los carruajes que trasnochar y por ecos truncanos de charlas á distancia, de individuos que van á buen paso, de amigos que se despiden. La sombra que inundaba las calles, rasgada por fajas de luz amarillenta, salía de las cantinas nocturnas y se tendía sobre el adoquinado, como borracho que no puede más é inconscientemente estorba el arroyo.

Llegados al parque, que la obscuridad agrandaba, ni Rafael ni Chinto habían pronunciado palabra; sentáronse en un banco desierto, y ahí, de repente, se desató Rafael:

—Mira, no es que la quiera, es decir, no es que la ame sino que me he acostumbrado á ella, me ha salido á la medida y no me resigno á que se me vaya así, sin una entrevista ni un adiós, cual dos enemigos.... Luego, que á tí te consta cuánto he hecho por ella, ¿qué le he negado? ¿qué le falta? ¿de qué se queja? Y es una ingratitud,

convéncete de que es una ingratitud, ¿dónde se encuentra otro igual á mí, que le dé el mismo trato? . . . .

Chinto asentía con movimientos afirmativos de cabeza, sin interrumpir á Rafael, que continuó inagotable y predispuesto á lo fúnebre, á las confidencias melancólicas, por atravesar una de esas crisis de desesperanza que invariablemente nos acometen cuando una mujer nos abandona.

Si no viejo con sus cuarenta años sí se sentía en los lindes de la vejez, gracias á lo mucho y de prisa que había vivido; en ocasiones, asaltábanlo ideas tristísimas, de repentina muerte ó prolongada agonía, y le asustaba pensar en el más allá, en el juicio divino para el alma y en las estrecheces, negruras y frío del sepulcro para el cuerpo. Por desterrar tales ideas hacía muchas cosas que reconocía eran malas, pues su Nona estaba aun muy chiquilla para llenarle el vacío que con nadie y en parte ninguna conseguía llenar. No se casaba una segunda vez, porque no estaba conformado para el matrimonio; Chinto nunca lo trató con intimidad

mientras duró casado, pero ahora, él, Rafael, le confesaba que hizo sufrir á su esposa; que las mil ligaduras conyugales poníanlo fuera de sí, aunque las admiraba en los que las practican sin sacrificio. Además, no creía volver á amar, á amar en serio, y de ahí que se hubiera refugiado en Amparo, contando con que lo acompañaría de buen talante en sus aburrimientos, por gratitud, por su poquito de simpatía, por lo que Chinto quisiera, para convertirse á la larga en un par de excelentes camaradas que se disimulan los defectos recíprocos para hacerse la vida llevadera y agradable. Rafael, hasta habría hecho la vista gorda ante las infidelidades de Amparo, las que tenía que perpetrar por su origen ordinario, nula educación y ardiente temperamento, siempre que cubriese las apariencias. . . . Y en lo de ardiente temperamento se detuvo, ahí le dolía:

—Si vieras,—dijo á Chinto,—es tan amorosa, tan mona!, de una belleza de formas, que podría servir de modelo al pintor más exigente. Sobre todo, Chinto, que se me

ha metido dentro del pellejo y me gusta, me excita cuando me besa, cuando me rodea el cuello con sus brazos.... vaya, no has de creerlo, me excita hasta con la fragancia que exhala de muchacha sana y limpia! Y convén conmigo en que ni tú ni yo somos ya dos colegiales; en que ya no nos alborotamos fácilmente, á lo menos yo.... hay veces que las mujeres me inspiran asco. Si se me va, si me deja tirado en medio de las cuatro esquinas, ignoro lo que haré.... Mira, daría cualquier dinero por ir con ella como van aquellos con las suyas, míralos.

En efecto, por la acera de enfrente comenzaban á distinguirse grupos ruidosos, animadísimos, de toreros, mozos de trueno y mujerzuelas que soltaban risotadas, carreaban, hacían el perro, el gato, toda el arca de Noé; que bromeaban con los aurigas y con los gendarmes. Eran los turbulentos clientes del barrio de la prostitución, que á esas horas recorren las calles á él adyacentes; los que cenan y beben en las fondas que se cierran al alba, ó, á falta de cosa mejor, confórmanse, ellas con el placer de

andar al aire libre, de moverse á sus anchas, de ver astros y cielo, árboles y piedras, la luz de los faroles; satisfechas con ese remedo de independenciamiento y de amor; ellos, encantados de llevar una mujer al lado y de suponerse hombres y perdidos. Una desbandada trágica, humana y doliente que noche á noche,—cuando el resto de la metrópoli duerme y se encierra,—brota de las casas infames, engrosa en los rincones sombríos, en los huecos sospechosos y se desparra por determinado radio, puebla sus tabernas, como germen morboso, como emanación pútrida de la empedernida ciudad y diz que ríe, diz que goza, y mientras pára en el hospital ó en el presidio, de veras besa, de veras ama y de veras mata!

—Chinto,—prorrumpió Rafael después de contemplar ensimismado el dantesco desfile de la turba,—hazme el inmenso servicio de ir á despertar á Amparo y traérmela en un coche á esa cantina..... necesito oírla y verla.... Sí, hombre, anda, y yo mañana ó cuando me lo digas, te traigo á la que quieras

Para acabar de decidirlo, Rafael se adelantó al borde de la acera:

—¡Cochero! —gritó; y volviéndose á Chinto:

—Anda, anda remolón, si nada te cuesta y te sobra labia para hacerla salir. Súbete, (*empujándolo y cerrando la portezuela*), y tú, (*al cochero*), pícale á tus cuacos que te tiene cuenta.

Disparado partió el carruaje y meditabundo penetró Rafael en la cantina del ángulo del Puente de San Francisco y Mirador de la Alameda, que estaba que se ardía. Todo era abundante en aquel sitio; las lámparas de petróleo que pendían del techo ó que á las paredes se agarraban con sus candelabros retorcidos; las fantásticas flamas diminutas de los ponches calientes y la espuma que coronaba los vasos de cerveza; las insolencias que de uno á otro extremo de entrambos salones corrían más de prisa que los camareros, ya bastante activos y atareados; las carcajadas y palmoteos; las caricias desvergonzadas hechas con cínica franqueza; el entrar y salir de hombres que

parecían beodos y de beodos que parecían hombres; el salir y entrar de mujeres solas ó rabiosamente asidas al brazo del querido, que miraba torvo y desconfiado, presintiendo un enemigo en cada prójimo. Pero lo mismo las mujeres solas que las acompañadas, todas iban sin sombrero, en bata de trabajo, mal terciado el chal, fatigada la cara, entre los labios el cigarrillo y el insulto, la respuesta que se encabrita y que cocea; todas ondulaban al andar; todas por hábito profesional, marcaban la saliente curva de las caderas y taconeaban con sus chancletas de raso cuajadas de lentejuelas y canutillo.

Mal respirábase ahí dentro una atmósfera perezosa y cargada de alcoholes, grasas, humo, sudores y concupiscencias. El mostrador, ostentaba insolente sus botellas, su cristal, sus metales, y en su espejo enorme, muy bien manuscrito con jabón, un letrero anunciaba en medio de admiraciones, guirnaldas y rasgos:

“¡¡¡ Esta noche: Callos á la andaluza y bacalao á la vizcaína!!!”

En el fondo, la cocina inmensa, una estufa *yankee* que no descansaba, que de tiempo en tiempo iluminaba instantáneamente la sala, con una llamarada viva, altísima, de la manteca fundiéndose en las brasas.

—Hola, don Rafael, qué milagro,— exclamó el dueño de aquello, corpulento y jovial ibero, en cuanto Rafael abrió las vidrieras. Y en persona vino á limpiar el mármol de una mesa, apartando á los criados, solícito y amable frente al parroquiano rico.

—¿Solo, á estas horas, don Rafael? ¿Qué va á ser? ¿Mandamos prepararle algo especial, es cocinero nuevo?

—No, de cenar nada,—contestó Rafael, —deme Ud. una copa y luego veremos.

—Entonces un *coktail*—repuso el dueño, que pronunciaba “cotel,” á la española.

Ni le ocurrió á Bello llevarse el líquido á la boca. El cuadro ése que á la vista tenía y que érale familiar, aunque de meses atrás no lo mirase á diario, antojósele ahora desconsolador y tétrico, lo llenó de aprehensiones y pavoras, como si fuera una enfermedad pegadiza y fatal, de la que nadie

escapa; una de aquellas epidemias que de cuando en cuando asuelan á los grandes centros y que parece que los ventilan y hermocean llevándose lo corrompido y pestilente. Recordaba Rafael, que de un marco análogo había desprendido á Amparo, en una noche así, él encaprichado y ebrio, ella sentimental y altiva rechazando los montones de billetes de banco que le ofrecía Rafael, con gran asombro de los espectadores que no se explicaban por qué renunciaba á la fortuna tan espontáneamente brindada. Recordaba también Rafael las frases de Amparo, las que quizá engendraron el enredo:

—“Si lo que quieres es mi cuerpo, te sobra dinero; guarda tus papelotes, pues con uno tienes. Pero si lo que quieres es mi corazón, anda y que te limpien, barbián, no vas á poder pagármelo porque no lo vendo; te lo cambio por el tuyo....” Y recordó Rafael, que á partir de entonces, el maldecido cambio llevóse á cabo;—por lo menos en los principios del lío, hacía ya mucho tiempo.

De súbito, sintió Bello, ansias de largarse del antro; arrepintiéndose de su flaqueza de haber mandado por Amparo en vez de aprovechar la ocasión propicia para poner punto final á su concubinato, y tranquilamente irse en libertad, sin responsabilidades, sacudiéndose á lo sumo de la memoria y algo del espíritu, los recuerdos menudos que á la manera de polvo sutil se nos adhieren é incomodan. Por poco realiza su intento, mas en el mismo instante apareció un cochero en la puerta de la cantina y con la perspicacia propia de los de su oficio, se fué derechamente á Rafael:

—Que lo esperan á usted en el coche, la niña y el señor.

De mala gana llegóse Rafael al carruaje, en cuyo negro interior se adivinaban los rostros de Amparo y Chinto, muy empeñados en una discusión bruscamente interrumpida por el acercamiento de Bello, quien sin más ceremonia, se entró en el vehículo. El cochero arreglaba uno de los faroles.

—Aquí la tienes,—saltó Chinto para

acabar la escena muda,—conténtense y déjenme ir á dormir; estoy cayéndome de sueño.

A un tiempo se opusieron Rafael y Amparo, temerosos de quedarse tan pronto mano á mano; víctimas de la necia necesidad que reclama la presencia de un tercero para que ayude á nuestras reconciliaciones. Por hacer algo, pidieron unas copas que les llevó hasta la portezuela un criado en mangas de camisa, tapándose la cabeza con la servilleta del servicio. Chinto intervino:

—Vaya, no sean cargantes, choquen sus copas y déense un abrazo.

Sin hablar y sin darse el abrazo, chocaron sus copas, mientras Chinto ordenaba un "catalán" para el automedonte, abstraído con la mecha de su farol, que ya iluminaba un tanto las entrañas del armatoste, con rayas de luz temblona y pálida. Pudo verse entonces, que los ojos de Amparo estaban enrojecidos, cual si acabase de llorar. Tornó el camarero con el "catalán" y la vuelta del peso duro, y Amparo le pidió un ajenjo doble.

—Ni doble ni sencillo,—interrumpió Rafael,—ya sabes que no me gusta que bebas ajeno ni que te emborraches; ¿por qué quieres emborracharte?

Como Amparo continuara muda y en espera el camarero, Rafael se exasperó:

—¿Esas tenemos, eh?..... Pues traele ajenjos dobles para todos!

—Hombre, no,—terció Chinto—á mí traeme un anís con agua de seltz.

Apuraron sus brevajes con esfuerzos y muecas, excepto Chinto que saboreó el suyo en filosófico silencio. De pronto, Rafael que se hallaba sentado en frente de Amparo le preguntó:

—¿Te molesta mi rodilla?

—No, soy yo la que ha de molestarte—replicó Amparo, arrinconando á Chinto por alejarse.

—Oye Amparo, es preciso que hablemos en serio—declaró Rafael.

—Aquí no; hay mucha gente—arguyó Chinto.—Mira tú (*al cochero,*) súbete y vámonos despacito, por ahí, derecho, hasta el Paseo.

Al pacífico trotecillo de los soñolientos jamelgos partió el simón; cambiaron de lugares Chinto y Rafael, y la explicación comenzó, de parte de Rafael, juiciosa casi, una ojeada retrospectiva á sus amores, desde su principio hasta el momento actual, apoyando un poco en las mercedes extraordinarias: la mensualidad á la madre de Amparo, allá, en España, y el envío de doscientos pesos al hermano perecido en Cuba, por su mala cabeza. Algo más apoyó en lo costoso de los muebles, el piano, la cama de encino, el guardarropa de tres lunas y las alhajas y el maestro de canto....

De la parte de Amparo, fué una catarata de palabras que salían una sobre otra; una mímica amplia, unas quejas amargas, de espejismos nunca alcanzados; quejas en las que se confundían ternezas femeninas y juramentos impíos; una confusión de todas las nociones, de la fidelidad muy especialmente, que no conocía á las derechas ni en el vocablo, el que pronunciaba sílaba por sílaba, para que no se le atorara. El discurso salpicado de consultas á Chinto,

¿verdad que tenía razón?; salpicado de sollozos que sofocaba con el pañuelo, muy echada para atrás, cual si deseara incrustarse en el mugriento respaldar del coche. No cedía ninguno de los dos combatientes; antes simulaban complacerse en la cruel tarea que siempre preside á las rupturas de hombre y mujer, de escarbar y escarbar hasta hacerse sangre en los repliegues más recónditos del corazón y del cerebro y extraer de ellos las injurias y las ofensas medio olvidadas, las lastimaduras enmohecidas y las lágrimas que se cristalizaron; todo el tremendo caudal de rencores que acumulando vamos, sin advertirlo, mientras el amor nos cegó, y que de pronto, á la hora tristísima de las liquidaciones, encónase, se nos planta delante, y en un solo minuto sufrimos con retrospectiva rabia cuanto debimos haber ido sufriendo en la época aquella, que nos resulta fugaz por ser la de la dicha.

De repente, Amparo transigió. Sí, ella era la culpable, la única culpable; pero pedía perdón; no podía vivir sin Rafael,

había penado mucho mientras duró el enojo; ¿quería que se arrodillara? Y al intentar hacerlo, impidióselo Rafael, la atrajo á sí, y con su vecindad incendiáronse las cenizas que del antiguo cariño le quedaban; junto á esa juventud palpitante que le mordía los labios, él mordió también, otorgó el perdón y Chinto pudo oír el sordo ruido de un beso inmenso, poderoso, prolongado.

En el acto cambió el humor; sonaban risas, caricias; á lo sumo si de cuando en cuando, y amortiguado ya, volvía un suspiro, volvía una queja, mas se marchaban pronto, avergonzados, como se marchan después de recia tormenta, los truenos rezagados y perdidos, en lo profundo de los cielos.

Chinto solemnizó las paces sacando á relucir una botella de anís que pidió en la cantina, sin que lo notasen los enecolerizados amantes; ofreció una copa ó más bien un trago, con cómica gravedad echóse entre pecho y espalda la dosis que le correspondía y solicitó su retiro:

—Ni Cristo pasó de la cruz ni yo de

aquí,—declaró tirando del cordón,—salud y que se diviertan.

Fué de balde que le instaran á permanecer con ellos; á seguir la rumba. Hizo su caricia á Amparo, dió la mano á Rafael y en un segundo desapareció por una calle transversal.

—¿A dónde vamos?—inquirió el cochero desde el pescante.

Amparo y Rafael se miraron, ¿á dónde iban en efecto? Recién reconciliados, experimentaban el fenómeno común que sigue á las reconciliaciones, una especie de secreto arrepentimiento, de desconfianza tímida; un anhelo, perceptible apenas, de que cualquier incidente nos impida juntarnos de nuevo y nos separe como amigos, pero amigos desligados ya del imán de la carne; esa misma carne tan apetecida cuando estábamos á punto de perderla y que ahora, al estrecharla flojamente, no nos despierta los apetitos de antaño,—cual si repentina clarividencia nos predijera que por mucho que hagamos, no ha de volver á sabernos como entonces. Y de ahí la furia con que en las reconcilia-

ciones, más que acariciar, estrujamos, por creer que así, con tosca desesperación hemos de exprimirle el jugo que antes nos deleitaba.

Por fin Rafael, á quien hacía mal estómago la idea de pernoctar en la casita de Amparo, por lo reciente de la infidelidad, tuvo una ocurrencia de calavera gastado, una positiva excentricidad, con la que sorprendió á su querida.

—Vamos al Peñón—gritó al cochero.

—¿A la cantina del Peñón?—insistió éste.

—No, á la cantina nó; á los baños.

Asombrado el conductor, hizo volver grupas á los caballos, con medianos bríos—después del relativo descanso,—y recorrieron una segunda vez la Avenida Juárez y las estrechas calles de San Francisco y de Plateros, en las que principiaba el barrido y el regado del amanecer. Principiaba también el fantástico aparecimiento de los primeros transeuntes, que se ven cruzar á modo de sombras: panaderos con sus grandes cestos en la cabeza; mayoresales de tranvías; embozados; siluetas que tosen y

carraspean. Una hora de honda melancolía, silenciosa, siniestra casi; la dormida ciudad envuelta en misterio y en tinieblas, agrandada y deforme; sin su luz artificial, que ya apagaron, y sin la luz del crepúsculo, que aún no se enciende. Una hora en que las pisadas y las voces adquieren resonancias extrañas; las linternas de los genârmes, diabólicos parpadeos; los edificios, extraordinarios contornos, y los jardines, profundidad ignota de abismos. Dichosamente es rápida, momentánea; por lo que Rafael y Amparo, muy juntos y muy callados dentro de su coche—fantasma que rodaba y rodaba en aquella mancha de tinta, dibujando sobre el barniz de las puertas y maderas de las tiendas cerradas los números de sus faroles, enrevesados y temblorosos, respiraron mejor al desembocar en la Plaza de Armas y ver en ella cómo una palidez del firmamento, enfermiza y tenue, ahuyentaba quimeras, para dar en cambio á cada cosa, su aspecto real y humano.

Cuando pasaron frente á la Catedral, estalló el majestuoso y sonoro toque del

alba. El cochero que los conducía, por vieja costumbre heredada, se descubrió, y ellos, instintivamente, por no sé qué mezcla de ignorancia y de superstición, se soltaron las manos, separaron sus cuerpos y se asomaron á sus ventanillos respectivos, para disimular el alejamiento.

Por casual ironía, yendo al pecado iban también á la luz, rumbo al oriente.

Desde su carruaje admiraban, quieras que no, la gradual metamorfosis de las palideces siderales cambiándose en nubes de gualda, que se difundían por sobre un infinito de azur. Las monstruosidades todas que acababan de asustarlos en las tinieblas, ante los avances de la aurora metamorfoseábanse igualmente en otras tantas bellezas. Calles, plazas, edificios, árboles, transeuntes, cobraban inusitado atractivo bañados por tanta claridad generosa que se metía en huecos, ángulos, cornisas, follajes y se extendía, iluminaba incansable, pródiga, hasta que venció, hasta que se instaló á sus anchas y listos ya sus preparativos, hubo por el horizonte una explosión de nublazones de oro

y el sol asomó, realizando una vez más su triunfal epifanía soberana.

En estas, Amparo y Rafael, llegaron á las cercanías del paradero del Interocéanico, en el que había afluencia de coches, de viajeros, de cargadores y de policía; en el que se escuchaba jadear de máquinas, ruido de cadenas, gritos y silbidos; gran movimiento de vida y de fuerza. Pitaban las locomotivas y pitaban las fábricas vecinas llamando á sus obreros, sus enhiestas y gigantes chimeneas de ladrillo arrojando pequeñas bocanadas de humo, el vaho de sus últimos bostezos de personas madrugadoras y laboriosas. Y los trenes partían, con batahola de siniestro, y los obreros llegaban á las fábricas desapareciendo en ellas, con resignado silencio de miseria.

Luego, la transición brusca; la ciudad cuyas alturas van achicándose, cuyos edificios se afean y valen unos á otros para resistir el inicuo huracán de pobreza y abandono que los doblega sin misericordia; las calles sucias, pestilentes, con muladares á su mitad, coronados por perros famélicos

y miriadas de moscas enfurecidas, los jardines de los menesterosos que ostentan en lugar de flores inmundicias, zapatos rotos y latas desfondadas, y que difunden en lugar de perfumes, miasmas homicidas que envenenan la atmósfera. En los vanos de las casucas, mujeres inmundas, horribles, sin nada femenino, espulgando á un batallón de chicos casi en cueros, ventrudos, flacos, de aspecto enfermizo. El barrio del hambre, el antihigiénico que la gran ciudad rechaza avergonzada y deja en sus afueras para que no lo vean, para que nadie aclare que á pesar de sus palacios modernos, de sus paseos y monumentos, tiene esos chancros incurables y eternos.

El carruaje continuaba rodando y Rafael y Amparo habían vuelto á acercarse, á tomarse de las manos. Tampoco ahora hablaban, pues así como los embelesó la salida del sol, entristecíalos la contemplación de tanta pobreza, compeliálos á aumentarse el contacto de sus cuerpos, cual si pretendieran refugiarse el uno dentro del otro á fin de multiplicar sus fuerzas y con

ellas reunidas, ofrecer mayor resistencia á la fiera ésa que podía tragárselos si los veía separados y débiles. Hasta que el miedo fué invencible é irritados y nerviosos por la trasnochada, cerraron los ojos, acomodóse Amparo en un hombro de Rafael y se confesaron que tenían sueño. El coche pisaba tierra blanda, la de los terrenos yermos sin casas ni habitantes; el límite entre la ciudad y el campo, con escasos árboles que parecen vegetar ahí por casualidad, como si al trasplantar los que la metrópoli luce en sus parques, los hubiesen traído por el camino este y en las ansias de cruzar pronto el páramo, sus conductores los hubieran arrojado al acaso, poniéndose ellos, caprichosamente, á crecer en donde crecían. Después, penetró el coche en la angosta calzada bordeada de árboles en sus dos lados y con agua abundante á la derecha.

Los campos ampliáronse; tras los lejanos picos de la sierra despuntaba más de medio sol; gorjeaban aves, aspirábanse fragancias de monte, la mañana estaba fresca, hermosísima. Un inopinado sacudimiento del

simón, que se detuvo, hízolos abrir los ojos que arrugaron ante el derroche de luz, y mientras el cochero componía las guarniciones de los pencos, divisaron á la izquierda un edificio pesado, de piedra, con andamiajes en algunos puntos.

—¿Qué es eso?—interrogó Amparo.

—La Penitenciaría.

—¿Y qué es una pe-ni-ten-cia-ría?—interrogó de nuevo.

—La cárcel—dijo Rafael—pero una cárcel mejor que las antiguas, que Belem por ejemplo. Mira, enderézate y mira cómo es. ¿Te gusta?

—No,—repuso Amparo muy preocupada—si “paece” una araña.

Y así de lejos, de veras parecía una araña monstruosa, antediluviana, en forma de estrella, que abierta de patas tomara el sol.

A poco, llegaron á los baños, cuando administrador y servidumbre abrían y aseaban el establecimiento y que se sorprendieron con parroquianos tan tempraneros, que se presentaban antes que el primer viaje matinal del tranvía.

—Un cuarto bueno y dos cafés con leche, —dispuso Rafael, liquidando liberalmente al cochero.

Y muy del brazo, él y Amparo atravesaron el patio, precedidos de un bañero malicioso que se reía á sus solas.

De prisa despacharon el café, instalados dentro del cuarto cuyas maderas cerraron para poder dormir, y en tanto que Amparo se desnudaba, Rafael, desde la puerta entornada, mandó preparar el baño y el almuerzo, para cuando llamaran.

Sin mencionar el disgusto ni la reconciliación acabados de pasar, á tuestas se dirigió Rafael á la cama; Amparo lo recibió en sus brazos, y rendidos los dos, durmiéronse en el acto, cobijados por sombras y silencio. Despertaron á la una, con el malestar que sigue al menor exceso alcohólico.

—“¿Cómo?—decíase Rafael, que fué el primero que despertó,—¿es posible que haya yo cedido, que haya yo vuelto á caer en esto?”—y señalaba á Amparo, insolentemente semi desnuda y delicadamente semi iluminada por unos haces de luz que al

través de las rendijas se entraban rectos, cuajados de hirviente y dorado polvo, y en la cama extendíanse, ascendían en suave caricia por el anca y las espaldas de la muchacha, vuelta á la pared. De pie junto á la cama, mirábala Rafael; seguía la deliciosa línea ondulante de ese cuerpo que había querido tanto, que tanto había besado, y sentíase un mundo de pequeñas repugnancias nacientes, tontas, sin razón de ser, supuesto que el cuerpo era el mismo, con más morbideces quizá, más macizas y sedeñas las carnes, más tentadoras sus bellezas. ¿Por qué sentía aquel asco? ¿esa especie de pavor infantil que le aconsejaba una huida inmediata, á mansalva, en tanto que la otra dormía? ¿No había perdonado? ¿No había suspirado por volver á estrecharla, á pesar de la falta? Sobre todo ¿no conocía su origen? ¿no sabía de memoria que ese cuerpo y esa juventud había servido de alimento á la lascivia multicolor y multiforme de la mayor parte del México masculino? ¿no la había sacado de una casa de prostitución, como quien saca una

flor manchada ya pero bella todavía, del fondo de un estercolero?.....

Con la sola imagen de aquella turba de machos pasando por encima del cuerpo de su querida, estrujándola, iniciándola en las peores indecencias y en las últimas depravaciones, el asco de Rafael trocóse en nausea, en horror por ese montón de materia asquerosa y á la vez lleno de vida, de curvas, de hoyuelos y de encantos. Como con la nausea no le venían celos ni ansias homicidas de destruir, Rafael vió claro; su asco era debido á la ausencia de amor, ¡no amaba ya á Amparo! de ahí que al caer la venda los defectos surgieran implacables, con idéntica tenacidad á la desplegada para ocultarse en los comienzos del cariño. Entonces, y lejos de felicitarse porque reconquistaba su libertad, fué víctima de una de las mil incongruencias de nuestro corazón y se sintió invadido por inexplicable melancolía, no amaba á Amparo!..... luego ni eso podía amar; era un viejo y un infeliz. El instinto de su propia conservación protestaba ¡qué iba á ser viejo! ¡no palpaba sus músculos,

sus durezas corporales de adulto sano? Y á medio vestir, frente á la luna del lavabo palpó sus biceps, sus muslos de hierro, sus pantorrillas nervudas de domador de potros y tirador de esgrima, su caja torácica ancha, levantada. Y sonrió, no era un viejo; podía amar, á su modo, aunque el espíritu sí anduviera encanijado y anémico. Con triunfante expresión en la fisonomía, para cerciorarse de que estaba en lo cierto, igual á un naufrago que se ase á lo que tiene más cerca, voló al lado de Amparo, echóse sobre ella, á riesgo de lastimarla, y entre besos y cosquilleos, le dijo:

—Oye mi gachupina, mi Amparo, despierta y levántate, que tengo mucha hambre.

Alarmada Amparo, se restregó los ojos; después se desperezó, tranquila ya, y es cosa averiguada que nunca tuvieron un despertar más ruidoso ni más contento.....

Abrieron el balcón, que daba precisamente á la fachada del clausurado teatro y en aquel desierto en que nada se oía ni se divisaba á nadie, el eco de sus carcajadas y de sus besos como que se escondía tras de las

piedras y de las flores, buscando en éstas alojamiento adecuado. De muy lejos, un tranvía á la carrera se dirigía á los baños.

En muda contemplación del paisaje, los sorprendió el criado que aguardaba órdenes; ¿les alistaba un cuarto para cada uno ó se bañaban juntos? Previa consulta de ojos, con picaresca entonación Rafael declaró que se bañarían juntos, en el mejor cuarto y cuanto antes. El almuerzo en seguida, á la mexicana, ¿eh? Y el camarero enumeró los platos, mexicanos todos, picantes y sabrosos.

Descendieron al departamento balneario, la enorme sala del piso bajo, pintarrajeada á la pompeyana, con sus columnas de hierro en el centro y sus puertecillas enanas á los lados. El silencio de abandono del edificio entero fué roto por las risas y carreras de aquellos dos chiflados. Amparo, detrás del mostrador de la ruinosa cantina, fingía servir muchas copas, á muchos parroquianos, atareadísima; Rafael representando á un gendarme á las dos de la mañana, severo al pronto para ahuyentar retardados, huma-

nizado después, hasta parar en la forzada contribución:

—“A ver mi aguardiente, vecino, que no tarda el oficial.”

Luego se pesaron en una romana con las pesas trucas, por lo que Rafael no pudo determinar cuánto pesaba ninguno de los dos; no obstante que apeló á su empolvada aritmética, resultó de su reducción que reunidos pesaban menos que un recién nacido ó separados más que un megaterio. En el ínterin, no había cesado de oírse el rumor del chorro de agua que llenaba uno de los estanques.

—Ya está,—anunció el criado.

Cual un par de chicos precipitáronse al “temascal”, mientras el criado descalzo se alejaba sin ruido, filosóficamente, más filósofo que el inmueble—de exagerada resonancia á causa de sus bóvedas,—que parecía ofendido de la escena lúbrica que realizarían esos locos, según lo que apresuraba la salida del eco, mal sonante con sus gritos y retozos. Pobre viejo inmueble, ¿cómo no ofenderse junto á profanación tamaña, la de estos

tiempos últimos, en que se ha visto sirviendo para *eso*, para mercurio discreto y mudo, para presenciar jiras, banquetes, solapadas orgías; él, un antiguo dispensador de mercedes, dueño de aguas maravillosas y santas; el respetado, el de la leyenda; el que con sus manantiales ha sido el coautor reservado, el cómplice nada molesto ni exigente de paternidades múltiples, bendecido por los matrimonios estériles y desventurados, que es fama trocó en prolíficos? ¡Si hablara...! Y Rafael y Amparo, á puerta cerrada y á juzgar por el eco tenaz é imperitante, seguían cometiéndole quién sabe cuántas faltas imperdonables é invisibles.

No comieron sino que devoraron el almuerzo en el cuarto de arriba; limpios de cuerpo que simulaban patenas y rendidos á un punto que se caían de sueño, que al fin los dobló en casta siesta hasta el anochecer. Rafael llamó con el propósito de liquidar cuentas y marcharse, mas el criado les notificó que sólo á pie podrían regresar á México; el último tranvía acababa de irse y un coche no lo conseguirían por

ningún dinero. Al pronto, no les disgustó el contratiempo, aún lo festejaron; pasarían la noche divinamente, y se echaron fuera, á mirar cómo el cielo se estrellaba, cómo los campos se agrandaban y entristecían y cómo en la ciudad, á distancia, sus resplandores imitaban los de un incendio gigantesco que fuese á convertirla en cenizas.

De nuevo se metieron en la casa, porque iban á cerrarla, y antes de confinarse en el cuarto, asomáronse á la capilla del patio, una capilla añosa, descuidada, húmeda, sin otra luz que una lámpara agonizante. Saliéronse á gran priesa, enmudecidos, sin los arrestos de por la mañana, cogidos estrechamente del brazo aunque no por carnales entusiasmos sino por cobardía latente y disimulada.

Aquí comenzaron las penas, pues como ya á nadie le ocurre dormir en el hotel y los pocos que lo llevan á cabo es con aviso previo, no hay lámparas, ni cena, ni sábanas de lino, ni salón, ni piano, ni quinqués en los corredores: aquello es una tumba. Rafael y Amparo se contemplaron contristados,

¿una vela para toda la noche? ¿no había más cena que los restos de su propia comida? ¿no había ninguno que por cinco pesos, por diez, partiese á México y les trajera un coche?

Con la terquedad y la desconfianza exclusivas del indio, el criado que venía sirviéndolos respondía que no, que no á todo, por más que la boca se le hiciese agua con las propuestas de Rafael. Cuando éste subió á la crecida suma de veinte pesos, el criado accedió; iría en persona á buscar el coche sin garantizar la hora del regreso y necesitando dos pesos siquiera con que convencer á cualquier cochero de que era cierto que lo esperaban tan lejos.

—¿Qué horas tiene su mercé?

—Las ocho y media,—le contestó Rafael. —Vete aprisita y al primero que encuentres, te lo traes sin regatear. ¿A qué hora calculas estar de vuelta?

Alzó el indio los hombros y con la callada por respuesta, dejó solitarios á los dos amantes.

En las afueras, plena noche; encapotado

el cielo, sin su reguero de estrellas, apenas una que otra á punto de esconderse, como diamante de joyería dentro de entreabierto estuche de terciopelo; el campo inmensamente negro; frontera al balcón, destacándose la masa del teatro; algunos árboles perdiéndose en la obscuridad, cual monstruos raros con anhelo de desvanecerse; lejano y pavoroso ladrar de perros, y en la atmósfera, en la tierra misma, todos los infinitos rumores que los campos y la noche misteriosamente respiran.

En el interior del edificio, un silencio que cogía el alma, de los que nos impiden intentar el menor movimiento por miedo á todo y á nada, á que un crugido nos haga gritar ó á que las historias de aparecidos y duendes sean exactas. En el interior de la habitación, Amparo y Rafael mudos y la única vela esteárica con chisporroteos de cirio.

—¿Quieres que nos sentemos en el balcón á esperar al barbaján éste? —propuso Rafael.

—¡Ay sí! lo que quieras con tal de hacer algo—respondió Amparo.

Y con el sonido de sus propias voces estremeciéronse ambos. Por mutuo y espontáneo impulso, cerraron y atrancaron la puerta del corredor; llenos de miramientos llevaron sus sillas hasta el barandal del balcón, quedando muy juntos, tanto, que se hablaban en voz baja, como si alguien pudiese escucharlos. ¡Qué despacio corrían las horas, qué veloces la melancolía y la desesperanza de los enamorados!

— Canta,— prorrumpió Rafael de pronto,  
— canta tus malagueñas.

— ¡Cantar!— dijo Amparo azorada, ni más ni menos que si le hubiesen propuesto cometer un desacato,— bueno, allá va.

Ella sola batióse palmas, marcaba el compás con un pie, abríase de codos, hasta que soltó primero las ahogadas vocalizaciones de rigor en ese canto, que son casi lamentos, y principió:

“Cuando yo esté en la agonía....”

— Pero mujer, ¿por qué eliges una tan triste? Estar uno como está y luego venirse con agonías.... mejor no cantes.

Volvió el silencio, el formidable silencio

que los tenía acobardados; nada se oía ni en la casa ni en el campo; era aquello una apropiada imagen del sepulcro, un adelanto del formidable mutismo de la muerte. Si por acaso las manos de Rafael y Amparo se encontraban, de propia voluntad separábanse, cual si se hallaran animadas por fuerzas que no emanasen del cerebro. Cada uno, por su lado, se reconcentraba en sus pensamientos, y aunque aparentaban mirar al campo desolado y negro, lo que miraban era el pasado, los días que fueron y las caricias muertas.

Amparo presentía el próximo abandono de su amante y á él se resignaba encontrándolo justo dentro de su rudeza de hembra que conserva en su sér ideas árabes, de otros tiempos; que cree á pies juntillas en el fatalismo y en la intervención del ángel malo, del “Mengue”,—según lo denomina el caló andaluz,—del “Mengue” poderoso que lo mismo mata al ganado y destruye las cosechas, que despedaza las almas y en pedazos se las lleva á sus dominios, los que habita en dulce amor y compañía con las

víboras, los tormentos y las llamas. Era una vencida, y como tal, dejábase arrebatarse, ¿qué iba á hacer si su inteligencia no le señalaba ninguna áncora salvadora ni su cuerpo servíale ya para aprisionar á Rafael?

No pensaba recomenzar la vida antigua; agradecerle más morir en un campo así y en parecida noche; supuesto que nadie habría de regarle su tumba con lágrimas ni flores, que la descubrieran cuando apestara, cuando no fuese posible reconocerla, y que la enterraran de prisa y de golpe en el agujero grande, el que á nada hace ascos, en el que caen revueltos todos los sufrimientos con abrazos de pesadilla; el agujero bueno y compadecido, el de la tierra madre que noblemente se abre las entrañas para guardar en ellas á los infelices capitalistas de la miseria humana...

—¡Qué bueno, Dios mío, encontrarse al fin un hueco donde acomodar nuestros huesos, sin miedo de que vengan á echarnos, sin miedo de que nos bauticen con apodosos que ofenden; el supremo descanso, la quietud suprema! A tal grado llegaba la alucina-

ción de Amparo, que, reaccionando sin darse cuenta de que reaccionaba, murmuró en alta voz, á la usanza de su pueblo, el nombre del animal que conjura lo malo:

—¡Lagarto! ¡Lagarto!—Y se quedó estúpidamente viendo á Rafael, que ni la oyó siquiera.

¡Oírla si anhelaba no volver á verla! Reconocía que el resorte de su cariño habíase roto; que después del hartazgo que de ella acababa de darse estaba satisfecho. En un segundo arregló la ruptura, la indemnización en dinero, el adiós último. En un segundo, vínole á las mientes el alud de razones hipócritas y egoístas con que de antemano nos disculpamos por lo que de cruel hacemos á sabiendas. Y con ese peso de menos, respiró á plenos pulmones el aire purísimo que hasta el balcón subía; con ese peso de menos, lanzó un gran grito de liberación y de dicha al divisar á lo lejos las lucecitas de los faroles del coche, que á todo escape, se apresuraba á llegar y salvarlo, rompiendo sus cadenas.

Febri!, sin asomos del reciente pavor, reunió objetos, ayudó á que Amparo se

arreglase, cogió la vela, y valientemente, empujando á su querida, salió al corredor, bajó escaleras y cruzó el lóbrego patio, hasta alcanzar el zaguán, que sacudió y sacudió con ánimos de derribarlo.

— Anda Amparo, anda, no te detengas que el coche ya está aquí.

Al despedirla en la puerta de su casita, de qué buen grado la besó, sintiéndose libre.

— Vendrás mañana? — le preguntó Amparo.

— Mañana no, pero te mandaré á Chinto.

Y el gozo le retozaba en el cuerpo cuando franqueó su casa suya, su palacio orgulloso y heredado.

Esperábalo Manuela con carta en la mano, una carta del colegio, de su hija;

“Estimado señor:

“La Nona enferma; dice el médico que es una angina.”

En su crasa ignorancia de rico, juzgó la enfermedad de la Nona un castigo del cielo. ¿Cómo no había de enfermar ella si él estaba perdido? Y en un arranque de su degenerescencia, propúsose la enmienda, abandonar para siempre la vida que llevaba.

V

— “De poco sirven el hábito y la tonsura: “lo que hace al verdadero religioso es el “cambio de sus costumbres y la completa “mortificación de sus pasiones.”

“Aquél que busca otra cosa fuera de Dios “y de la salvación de su alma, sólo encon- “trará aflicción y dolor. Y si no se vence “hasta llegar á ser el más pequeño, el más “sumiso, menos podrá vivir en paz mucho “tiempo.”

“La religión no se abraza para mandar sino para.....”

— Oiga Ud., sor *Noelina*, y que, en Burdeos hay rey? — exclamó la Nona desde su